

El infeliz Maximiliano había perdido todos sus apoyos. ¿A quién se dirigiría una vez descartada Francia? ¿Al Austria? Nunca se había ésta mostrado muy entusiasta de la empresa y por añadidura en la actualidad hallábase preocupada exclusivamente por sus propios peligros. ¿A Bélgica? Leopoldo I había muerto. ¿Al papa? El conflicto religioso no estaba todavía apaciguado. A estas graves preocupaciones juntábanse las dificultades de orden más mezquino; así, por ejemplo, era tan grande la falta de recursos, que costó no pocos trabajos, según se dijo, reunir el dinero necesario para el viaje de la soberana y de su séquito. La emperatriz llevase consigo la memoria redactada contra Bazaine, que era en extremo acusadora, hasta con exceso, porque en ella se calumniaba al general cuando hubiera bastado quizás decir mal de él. La soberana salió de México en 8 de julio y su partida produjo la impresión no de una embajada solemne que consolidaría el imperio, sino un principio de derrumbamiento. Maximiliano acompañó a su esposa hasta Río Frío, prosiguiendo luego ésta sola su camino hacia el mar. El viaje, entristecido por las preocupaciones de la política, fué además incómodo y casi peligroso, porque las continuas lluvias habían puesto las carreteras intransitables y la fiebre amarilla asolaba el país. El día 15 de julio llegó á Veracruz; y si los habitantes de aquella ciudad habíanse mostrado, aun en los mejores días, poco favorables á la intervención, ¡qué no sería ahora, cuando el imperio declinaba! Una considerable muchedumbre había acudido al muelle, pero guardaba una actitud de silenciosa malevolencia, y á lo sumo algunos se descubrían, débil muestra de consideración que no era sino simpatía hacia la desgracia. Mar adentro estaba anclado el vapor *Imperatrice Eugenie*, dispuesto á partir para Saint-Nazaire; y co-

mo el capitán del puerto no había preparado ninguna lancha mexicana, dispúsose precipitadamente una embarcación francesa. La emperatriz, con una especie de impaciencia febril que más adelante hubo de recordarse, insistió en que se izara en la popa del buque el pabellón de México en vez de la bandera tricolor; y aunque esta exigencia causó cierta sorpresa, fué satisfecha con respetuosa solicitud (1). Nuestros marinos, con su generosidad habitual, procuraron destruir el entristecedor efecto de la frialdad de la población indígena, y el *Magellán* disparó su cañón y los marineros de un barco amarrado junto al fuerte lanzaron repetidos vivas al emperador y á la emperatriz. Algo confortada con este aparato oficial que distraía su dolor, llegó la soberana al lado del buque en que había de embarcarse, y una vez en el puente, conversó durante un cuarto de hora con el capitán de navío Cloué que hasta allí la había acompañado. En aquella última entrevista mostrábase serena y confiada, y sobre todo se esforzó en que pareciera despedida por poco tiempo lo que á los ojos de los más era una despedida definitiva. Cuando el buque iba á ponerse en marcha y el capitán Cloué se despedía de ella, díjole estas palabras, que fueron las últimas: «Parto, pero dentro de tres meses estaré de vuelta.»

Por desgracia suya, la infortunada princesa, al poner el pie en el suelo del viejo continente, había de encontrar al Austria vencida, á Europa desorientada y á Francia obligada á concentrar sus fuerzas para luchas acaso próximas; y en medio del tumulto de aquella magna contienda, sus lamentaciones habían de perderse en el vacío.

(1) *La Marine française au Mexique*, por el capitán de navío Riviere, pág. 190.

## LIBRO VIGÉSIMOSEXTO

### ALEMANIA Y PRUSIA

SUMARIO: I.—Alemania: de cómo los territorios eran fraccionados durante el antiguo régimen: rasgos diversos del carácter alemán: peligros de la intervención extranjera: de cómo este peligro hace concebir la idea de una organización más concentrada. Qué potencia se dispone á realizar en provecho suyo esa idea.

II.—Prusia: elementos que concurren á su formación: vicisitudes diversas de su historia: su acción en Alemania desde 1815.

III.—Guillermo I (2 de enero de 1861): su lenguaje: sus proyectos militares: principio del conflicto con la Cámara de los diputados: Bismarck: su subida al ministerio (septiembre de 1862): desarrollo del conflicto parlamentario: síntomas diversos que denotan una política osada hasta la temeridad.—De cómo esta política hubiera fracasado sin duda si las circunstancias no la hubiesen favorecido: *Cuestión de Polonia*: *Cuestión de los ducados daneses*: relación de estos dos acontecimientos con la historia de Prusia y cómo aseguraron la fortuna de Bismarck.

#### I

He tardado todo lo posible en entrar en las terribles complicaciones que durante la última mitad del *Segundo Imperio* estallaron en el Norte de Europa, con gran perjuicio del antiguo equilibrio y con gran daño para Francia. Ha sido por el deseo de no truncar unos acontecimientos que, para ser bien comprendidos, deben ser presentados en conjunto; ha sido también por la aprensión de un asunto terrible por su extensión, difícil de comprender y más difícil de explicar, lleno de aventuras vulgares y de aventuras trágicas, fecundo en alternativas de astucias, imposturas y violencias, doloroso para todo el que ha conservado el respeto de las tradiciones y de los tratados, doloroso sobre todo para Francia. En el momento de empezar esta tarea, busco instintivamente algún otro asunto que pueda distraernos de ella; quisiera dejar la pluma y aplazar aún más la abrumadora narración. Pero el orden de fechas, ya un poco intervertido, no permite ya más dilaciones ni rodeos, y no hay más remedio que empezar lo que no puede sufrir más demora.

El curso de los siglos había conducido los Estados de la Europa occidental á la unificación. Así había sucedido en Inglaterra, en España y sobre todo en Francia. La suerte de Alemania había sido muy distinta. En tierra germánica la civilización se había desarrollado sin abolir las múltiples soberanías creadas por la Edad media. La centralización, que en nuestro país parecía la ley del progreso, hubiera sido en el país vecino una palabra vacía de sentido. A lo sumo, el Santo Imperio, poder más fastuoso que real, unía á sí con un frágil lazo todas las dominaciones aisladas. Prolongándose en los tiempos modernos y hasta el siglo xviii, esta organización había impreso en todas las comarcas de allende el Rhin una fisonomía aparte. Allí todo respiraba la diversidad: una porción de pequeños principados, que habían conservado los restos de las formas feudales aun á través de las influencias de las edades nue-

vas: numerosos vestigios de soberanías eclesiásticas que habían escapado á la Reforma y todavía se conservaban fuertes, á pesar del espíritu del siglo que las minaba: ciudades libres, republicanas por sus instituciones y góticas por sus monumentos, sus moradas, sus costumbres y los nombres de sus magistrados: algunos Estados más importantes, con sus elegantes y frías capitales imitadas de Versalles, con sus palacios modernizados, con sus príncipes, con frecuencia demasiado fastuosos y magníficos para lo exiguo de sus provincias, á menudo aficionados á las letras, preciándose á veces de filósofos ó liberales, en el fondo príncipes siempre del antiguo régimen. ¡Qué de zonas diferentes en esa gran Alemania, y cómo aparecía bajo diversos aspectos, graciosa, poética y pastoral, en las orillas del Rhin ó en los valles de la Selva Negra; elegante y culta en Dresde ó en Weimar; bulliciosa, casi italiana, aficionada á las pompas católicas, bajo el cielo ya claro de Baviera; ruda y áspera en el Norte y sombría á causa de la rigidez pietista y protestante! Esa vasta región, desde el Elba hasta el Danubio, era el país del individualismo. Encerrado en su casa gótica, el burgués de las viejas ciudades alemanas tenía á la vista todo lo que constituía su patria: su patria era la catedral edificada por sus antepasados, la torre de reloj que anunciaba de lejos la ciudad, las salas de las corporaciones en que se celebraban tradicionales fiestas, la casa consistorial donde, por su pequeña parte, era soberano: su patria era sobre todo su morada, y en sus labios, la dura lengua alemana se volvía de pronto deliciosamente armoniosa cuando abreviaba los nombres de los niños ó expresaba las cosas del hogar. Allende el Rhin, todo se hallaba descentralizado, y particularmente la vida intelectual: muchos sabios, pero recogidos en sí mismos, audaces y tímidos á la vez, como lo son los solitarios: pacientes investigaciones llevadas con una perseverancia tranquila, sin afán de aparentar y hasta sin gran cuidado de ser útil, como si la ciencia fuese demasiado noble para rebajarse á servir: talentos más vigorosos que cultos: mu-

chos centros pequeños de estudio, pero diseminados y sin lazo entre sí: ningún gran centro literario ó filosófico, como no fuese aquella culta y encantadora corte de Weimar que difundió sus luces á fines del siglo XVIII. Así aparece, al declinar el antiguo régimen, Alemania, tal como la describen las correspondencias, tal como la pintan las *Memorias*, tal como la vieron los emigrados franceses que, al principio de la Revolución, la recorrieron en busca de un abrigo. En ese país de la variedad y de los contrastes, un solo lazo, el de la lengua, indicaba el origen común, lazo bastante fuerte, en verdad, para que los otros se le añadiesen de refuerzo.

Esa condición política, muy propia para desarrollar la vida municipal y robustecer el espíritu de familia, suponía ó bien una paz universal ó bien un fraccionamiento igual en los demás pueblos. Aunque muy poderosa en conjunto, la Alemania, así fraccionada, sería para las naciones vecinas objeto de tráfico ó campo de batalla. Bien se vió cuando se hubieron formado los Estados modernos, con sus ejércitos poderosos y sus fuerzas centralizadas. La guerra de los Treinta años, las guerras de Luis XIV y hasta las del siglo XVIII habían mezclado crueles episodios con la vida apacible de las pequeñas cortes ó de las pequeñas ciudades germánicas. Sobrevino la Revolución francesa, y con ella un acrecentamiento de males. Antiguas franquicias, costumbres, instituciones, monumentos, todo pasó bajo el raso del invasor. Inhábil para reunir sus agrupaciones dispersas, Alemania sólo pudo inclinarse bajo la tormenta. ¡Cosa singular! Los que traían el mal trajeron también la idea del remedio. Tan empeñados en destruir como sus enemigos en conservar, los revolucionarios franceses, ávidos de unificación para los demás como para sí mismos, derrocaron un gran número de pequeñas soberanías, sobre todo de soberanías eclesiásticas, y, en medio del obscuro enmarañamiento creado por la obra de las edades, practicaron así el primer desbrozo. La lección fué silenciosamente retenida por las mismas víctimas. Instruidos por sus adversarios, los pueblos de Alemania comprendieron por primera vez las ventajas de una organización simplificada y presintieron la seguridad que la cohesión les daría. Napoleón I había encarnado en sí la revolución. Sin consideración alguna, proclamó en las márgenes del Rhin su derecho de conquista y allende el Rhin su derecho de soberanía. Del exceso de opresión nació una idea nueva, la del patriotismo, no del patriotismo local, sino del patriotismo germánico. La idea progresó en las almas, lenta y sordamente al principio, y al primer descalabro del dominador estalló con violencia. Jóvenes y viejos, los que hasta entonces se habían ignorado, se unieron, y con sus esfuerzos comunes aseguraron el éxito final; luego volvieron á sus hogares, abrigando un deseo mal definido aún, pero obstinado, el deseo de convertirse en nación.

Los soberanos y los plenipotenciarios reunidos en Viena no tardaron en juzgar sospechosas aquellas aspiraciones, que tenían resabios revolucionarios. Convenía no perpetuar en los días de paz unos arrebatos de ideas y palabras tolerables solamente en las excitaciones de una gran crisis. Teniendo que reconstituir la Alemania, los que entonces eran árbitros de los destinos de Europa imaginaron una organización que, conservando, en parte al menos, el fraccionamiento territorial, atendiese

á la protección de la patria común. Obedeciendo á esta idea crearon la Confederación germánica, asociación de Estados individualmente bastante débiles, pero que se sostenían unos á otros, y se apoyaban además en dos grandes tutores, de patronato tan imperioso como fuerte. La combinación no dejaba de ser prudente y fuera temerario el criticarla, pues aseguró á los pequeños principados cincuenta años de una existencia muy tranquila y á Europa una larga paz. Salvo algunas diferencias, fué el retorno al régimen antiguo, aunque no á la antigua quietud. La Alemania se había replegado durante mucho tiempo en su vida municipal y provincial: su nueva suerte no le satisfacía del todo, á causa del proyecto grandioso que concibiera en sus horas de peligro y que no se resignaba á abandonar. En medio de su seguridad reconquistada, le asediaba el cuidado de su defensa y la ambición de juntar sus recursos y copiar á las grandes monarquías. De ahí toda clase de teorías discutidas con pasión. Los más moderados en sus aspiraciones se limitaban á desear que los poderes de la Dieta fuesen robustecidos; otros pensaban en una agrupación de los Estados de segundo orden; muchos volvían los ojos hacia Berlín; los más audaces soñaban en un parlamento nacional ó en la creación de un nuevo Santo Imperio con más vida y mejor concentración que el antiguo y edificado por la democracia. Durante toda la primera mitad del siglo XIX se pudo sorprender en libros y periódicos, en las producciones de la literatura y del arte, en las tendencias de la enseñanza ó de las asociaciones, las huellas de aquellos pensamientos.

Pero de la abundancia misma de planes nacía la confusión. Además, al espíritu germánico le gustan las largas especulaciones y retrasa instintivamente la hora de realizar sus ensueños, ¡tanto le encanta soñar! En fin, todo en Europa apartaba de las innovaciones, pues los príncipes descansaban de la agitación revolucionaria y no pensaban más que en consolidar los bienes que habían recuperado. En tales circunstancias, el vasto proyecto de la unificación alemana parecía más bien un tema de discusión que un proyecto de ejecución próxima ó siquiera realizable. Y así hubiera sido, en efecto, si no se hubiese encontrado al Norte de la Confederación un Estado joven, activo y emprendedor, que acechaba ya con codiciosa solicitud aquel movimiento de ideas y se disponía á explotarlo.

## II

Para todo el que estudie el desarrollo de los Estados contemporáneos, no conozco imagen más sugestiva que un mapa de Prusia durante la primera mitad del siglo XVII. En medio del enmarañamiento de los territorios germánicos, la vista distingue tres islotes, conocidos solamente porque la geografía los ha marcado con el mismo color: al Este, la Prusia propiamente dicha, con su vieja capital Königsberg, enclavada en las provincias polonesas; en el centro, entre el Oder y el Elba, el margraviato de Brandeburgo, tierra de mediana extensión, de cuyo centro surge Berlín, modesta y mezquina ciudad, tan triste como la región que la rodea; al Oeste, el ducado de Cléveris, en las márgenes inferiores del Rhin, que se inclina hacia las tierras bálticas, como la Prusia propiamente dicha se inclina hacia los terri-

torios eslavos. A esos tres fragmentos aislados ¿quién se atrevería á darles el nombre de Estado? No existe entre ellos ningún lazo moral, ninguna cohesión, ningún interés común: para el soberano que trata de gobernarlos, no hay más que peligros: peligros de insurrecciones locales, peligros de ambiciones rivales, peligros de guerras extranjeras, hasta peligros de los tratados, de tal modo esos territorios dispersos parecen materia cómoda para indemnizaciones ó compensaciones. Para conjurar tan múltiples peligros, no se cuenta con ninguna fuerza, ni con la del número de súbditos, porque dichas provincias se hallan poco pobladas; ni con la de la riqueza, porque el país es pobre; ni con la del antiguo prestigio, porque, salvo por lo que toca al Brandeburgo, es reciente el lazo que une la dinastía al país. Así aparece, en su origen, la Prusia, tan incompleta, tan mal formada, que está condenada á desaparecer á menos de imitar á esos niños débiles de nacimiento que, á fuerza de energía y de perseverante reacción, reforman á veces la obra de la naturaleza y adquieren una robustez asombrosa.

La primera causa de su grandeza fué su obstinada voluntad de vivir. Para vivir, necesitaba juntar sus pedazos dispersos. La avidez no tardó en ser su pasión dominante. Antes de ser conquistadora por afición, lo fué por necesidad. Cierto es que todo la impulsaba á tomar lo ajeno. Jamás hubo príncipes que sintieran, como los príncipes prusianos, el aguijón de la codicia. Cuando recorrían las Marcas de Brandeburgo, su mirada no abarcaba más que una región bastante pobre, fecunda solamente en algunos puntos y gracias á un infatigable trabajo: en cambio, al Sudeste se extendía la rica Silesia. Cuando visitaban su pequeño principado de Cléveris, remontando el curso del Rhin podían entrever, más allá de su modesta hijuela, una de las cuencas más admirables de Europa. Tenían pocas ciudades y éstas eran de escasa importancia: sin embargo, no faltaban en Alemania grandes y nobles poblaciones, opulentas por su industria, bellas por sus monumentos, imponentes por sus recuerdos gloriosos. Tanto en las costas del Báltico como á orillas del Spree, el cielo era sombrío, los horizontes tristes y el paisaje carecía de relieve, mientras que más al Sur aparecían hermosas montañas cubiertas de bosques, risueñas y fértiles laderas iluminadas por un sol menos pálido. Aquella irritante comparación fué el tormento de los primeros Hohenzollern y también su acicate. ¿Cómo no habían de ser codiciosos y hasta rapaces? En Alemania, todo ó casi todo era hermoso á excepción de lo que les pertenecía.

Aquel pueblo, ó más bien aquella aglomeración de súbditos agrupados á la aventura, carecía de fuerza propia y no podía ser más que un instrumento en manos de sus príncipes. No todos los Hohenzollern fueron grandes hombres, pero todos, con sus cualidades y hasta con sus defectos, aportaron su tributo á la prosperidad de su casa. En el siglo XVII el gran elector Federico Guillermo lo preparó todo para que su hijo pudiese proclamarse rey sin que se le tachara de temerario. Este hijo fué vano y fastuoso, pero de un fausto que no fué inútil, por cuanto dió á la nueva monarquía cierto aire de prosperidad y de esplendor. Federico Guillermo, su sucesor, soberano mediocre y brusco, tuvo dos pasiones, la de reunir tesoros y la de disciplinar soldados. Indu-

dablemente hubiese carecido de habilidad para emplear unos y otros, pero el feliz destino de Prusia quiso que aquel ejército y aquellos tesoros de guerra cayesen en manos del que fué el gran Federico.

Al principio, Europa no se había enterado de aquella potencia naciente; fijó vagamente su atención en los primeros progresos de Prusia, y se hizo luego desdeñosamente cómplice de una codicia que, sin duda, no se elevaría jamás hasta la verdadera grandeza. De suerte que la Prusia, sin inspirar recelos á nadie, había sacado provecho de todas las modificaciones territoriales verificadas en el Norte de Europa. El tratado de Westfalia le había dado la Pomerania oriental y el obispado de Magdeburgo. Cuando Suecia, después de haber desbordado por la Europa central, se retiró de Alemania como un mar calmado que vuelve á su lecho, los Hohenzollern recogieron las riberas que aquella abandonara. De este modo acabaron de extenderse en la Pomerania. Al mismo tiempo redondearon sus pequeños principados á orillas del Rhin. Con Federico II empezó la era gloriosa; y el gran fruto de su política fué la Silesia. Finalmente, en 1772, los despojos de Polonia, por primera vez repartida, aseguraron la contigüidad de los territorios entre la Prusia propiamente dicha y el Brandeburgo; y la alegría fué igual á la del campesino ya rico que, á fuerza de economía y de astucia, de paciencia y de trabajo, llega á unir sus campos diseminados.

A últimos del siglo XVIII la grandeza prusiana sufrió una interrupción. El gran Federico tuvo en Federico Guillermo II un sucesor mediocre; vino luego Federico Guillermo III, príncipe honrado, de rectas intenciones, pero que se mostró débil é indeciso, al menos en la primera parte de su reinado. Mientras tanto había estallado la Revolución francesa y, después de una larga serie de glorias y crímenes, había caído en el imperio. Respecto á Francia, Prusia observó una conducta fluctuante, tan pronto dispuesta á ligarse contra ella, tan pronto retrocediendo por escrúpulo, por temor de perderlo todo ó por aversión á las innovaciones. Por fin la hostilidad venció y se abrió una campaña decisiva, la que empezó y acabó en el campo de batalla de Jena.

Entonces se asistió á un hecho único quizá en la historia. La Prusia derrotada sufrió á tal extremo la ley del vencedor, que una sola exigencia más la hubiese aniquilado. No conservó más que cuatro provincias, y no enteras: las Marcas nueva y central de Brandeburgo, la Prusia propiamente dicha, la Silesia y el ducado de Pomerania. Materialmente disminuida en cerca de la mitad y moralmente más abatida aún, no parecía más que un satélite de Napoleón, dueño de darle el golpe de gracia ó de dejarla vivir. ¡Cosa extraordinaria, inaudita! Fué en el colmo de su miseria que Prusia trazó el primer esbozo de la vasta transformación que no sólo había de reparar sus descalabros, sino que además había de coronar su grandeza.

Reune silenciosamente sus restos de ejército. Mediante una organización nueva, logra ejercitar en la profesión militar á toda su juventud útil, conservando todas las apariencias de efectivos mediocres, en armonía con sus recursos. En el orden civil investiga los abusos y, sacando osadía de la adversidad, no vacila en copiar algunos de sus modelos de la Revolución francesa, su irreconciliable enemiga. De su país ó de las

demás regiones alemanas saca los hombres que serán los agentes de su regeneración: Hardenberg, Stein, Scharnhorst... Sin embargo, bajo la exageración misma de sus empresas, el imperio francés se hunde. Después de crueles ansiedades (pues se trata esta vez de su vida), Prusia entra en la coalición, aportando á ella todas sus fuerzas y principalmente todos sus odios. Siendo la más ardiente en la lucha, se muestra también la más ardiente en reivindicar el fruto de la victoria. Los tratados de 1815 le restituyen todos los territorios perdidos, á excepción de algunas provincias polonesas; y le otorgan además parte de la Sajonia, parte de Westfalia y las Provincias renanas. Por este lado viene á ser vecina de Francia, á la cual vigilará en las márgenes del Mosela, en las del Sarre, hasta en los pequeños puestos avanzados de Sarreluis y de Sarrebruck; y es seguro que guardará bien esta frontera, tan persistente es el recuerdo que conserva de sus humillaciones.

Era la revancha de Jena. Por envidiables que fuesen los beneficios, valían menos que las lecciones meditadas en la derrota. Hemos dicho como Alemania, amenazada en su existencia, se había afirmado en su idea de una organización centralizada que garantizase su seguridad. En los pequeños Estados alemanes el proyecto sería aún vago, obscurecido por la abundancia de las controversias, contaminado por las tendencias revolucionarias, viciado por el espíritu de utopía, impotente por la carencia de medios. Aquí aparece la Prusia. Esta es joven, mientras que el Austria está envejecida, y es fuerte, mientras que la Confederación germánica es débil. En sus cuadros elásticos y dispuestos á ensancharse puede abarcar toda la Alemania. Que otros acaricien y prolonguen el sueño: la Prusia positiva y brutal se ha reservado la tarea de encarnarlo.

Este fué para ella el gran trabajo del siglo XIX; trabajo que se realizó más bien por medio de la evolución de las costumbres públicas que por los actos de los gobernantes.

Ya en la escuela los ojos del niño se acostumbraron á contemplar, por cima de la Alemania desmembrada que los tratados habían reconstituido, otra Alemania en que todas las pequeñas divisiones políticas estaban marcadas por una línea casi imperceptible, una Alemania unificada por la lengua, por la similitud de intereses y por la necesidad de hacer frente al enemigo. A esa lección por medio de la imagen se añadía un breve comentario sobre la misión histórica de Prusia para defender la comunidad germánica. En las universidades continuó la enseñanza de la escuela. Cuando el niño fué hombre lo recibieron asociaciones de toda clase: sociedades de canto en que volvían á entonarse los himnos nacionales; sociedades de gimnástica que daban agilidad y vigor al cuerpo; sociedades de tiro que eran una preparación para la profesión de las armas. Las mismas artes, con sus vastas composiciones simbólicas, tan vastas que parecían verdaderas epopeyas, contribuyeron á popularizar la idea de una gran patria. Hasta entonces las trabas de la legislación comercial no habían contribuido poco á aislar los diversos principados: bajo la influencia de Prusia, aquellas barreras desaparecieron: de este modo se creó el *Zollverein*, la unión aduanera, primer paso hacia la unión política. El patriotismo no se mantiene bien si no le estimula el temor

del peligro. En medio de la dichosa paz en que vivía Europa, no era fácil evocar imágenes de guerra. Sin embargo, en 1840, bajo el ministerio Thiers, partieron de Francia algunas palabras belicosas. Estas fueron inmediatamente recogidas allende el Rhin y reanimaron contra el enemigo hereditario los recelos que dormitaban.

Cuidadosa de tener despierto el movimiento nacional, Prusia no atendía menos á disciplinar las fuerzas que le permitirían absorberlo. En ningún país eran más instruidos los ciudadanos, más vigorosos los soldados, más celosos y económicos los funcionarios públicos. No había brillantes eminencias, pero sí una generalidad muy elevada de capacidades y de cultura intelectual; un aspecto general algo gris, sin relieve, enojoso para el extranjero; cierta rudeza de costumbres; una tiesura pedantesca que contrastaba con la urbanidad sajona y la sencillez bávara; pero algo de metódico en el trabajo, de calmoso en la actividad y de perseverante en el esfuerzo; y en todas las clases una firme noción del deber profesional. Estas cualidades, más sólidas que simpáticas, eran precisamente las que habían de asegurar la dominación de Prusia. Los alemanes, acostumbrados sobre todo á pensar, sufrieron el ascendiente de los que sobre todo estaban acostumbrados á obrar. Filósofos y teóricos, confinados en la ciencia pura, iban á encontrarse muy dejados atrás por sus conciudadanos del Norte, filósofos también, pero filósofos utilitarios, que de sus teorías sólo guardaban lo que justificaba sus ambiciones y no admitían al mismo Dios sino como supremo aprobador. Hasta en sus nuevas aspiraciones, los habitantes de los pequeños Estados habían conservado sus antiguas costumbres de vida fácil, de estudios especulativos, de recogimiento apacible en sus viejas ciudades y en su hogar. El poderoso mecanismo de la monarquía prusiana se impondría á la timidez de aquellos habitantes, y ofreciéndoles instituciones hechas, descargarían su pereza. Así iba á arraigar cada vez más la idea de la hegemonía prusiana. Esta preeminencia no iba á fundarse sobre la inclinación ni sobre la comunidad de gustos, sino que más bien iba á resultar de los contrastes: en parte por pereza y en parte por debilidad ó dificultad de resistir, los tranquilos alemanes se entregaron á sus temibles compatriotas, tan dispuestos para la defensa y aun para el ataque, tan provistos de todas las fuerzas que su vieja patria desmembrada no había conocido jamás.

Antes de llegar á la dominación de Alemania, Prusia tuvo, sin embargo, sus días de desfallecimiento. Esto fué poco después de la revolución de Febrero. El Austria, muy debilitada á consecuencia de las agitaciones de 1848, recobró de pronto todo su vigor con un ministro tan osado como intrépido, el príncipe de Schwarzenberg. Este se impuso como programa el detener el creciente desarrollo de su invasora vecina. En 1849, Federico Guillermo IV, más asustado que deslumbrado, rehusó la corona imperial que le ofrecía el parlamento de Francfort. Al intentar realizar algo de ese plan, despojándolo de sus apariencias revolucionarias, tropezó con las resistencias procedentes de Viena. El año siguiente, un conflicto surgido entre el elector de Hesse y sus súbditos puso á los dos grandes Estados alemanes uno enfrente del otro y durante algunos

días se creyó que iba á estallar la guerra. Federico Guillermo IV cedió y por medio del convenio de Olmutz rindió homenaje á Francisco José como lo hubiera hecho un vasallo á un soberano.

Año y medio después murió Schwarzenberg. Pero el impulso de energía que había dado á la política austriaca no se detuvo en seguida. Duramente vuelta al segundo orden, cuando parecía llegar al primero, Prusia recuperó lenta y penosamente el terreno que había per-

habíase hecho soldado para luchar por la independencia de Alemania, y cuando la caída del imperio había devuelto la paz á Europa, había regresado á su patria y llevado en ella la vida laboriosa de los príncipes prusianos, que tan activamente intervenían en los asuntos públicos y sobre todo en los que concernían al ejército. Así vivió mucho tiempo, unas veces en los antiguos Estados de la monarquía y otras en las provincias renanas. Su hermano Federico Guillermo IV, que reinaba



Otón de Bismarck-Schoenhausen

dido. Sin embargo, muchos creían que la unidad alemana correría la suerte de esas catedrales de la Edad media, tan numerosas en tierra germánica y ninguna de las cuales ha sido concluida.

Lo que parecía fracaso no era más que interrupción. Diez años después de la humillación de Olmutz, Prusia encontró todo lo que iba á completar su destino, es decir, un rey bastante ambicioso para elevarse hasta los más grandes designios, un ministro bastante osado para realizarlos y una increíble serie de ocasiones propias para autorizar todas las temeridades.

### III

El que había de realzar el imperio germánico era el hijo segundo de Federico Guillermo III y de aquella hermosa reina Luisa que en los días de Tilsitt había solicitado en vano la clemencia del emperador Napoleón. En 1813, cuando sólo contaba diez y seis años,

desde 1840, no tenía hijos, circunstancia que le aproximaba á él al trono. En 1857, en vista de que la inteligencia del rey comenzaba á debilitarse, encargóse provisionalmente de la administración del reino, y cuando aquella debilidad pareció irremediable fué nombrado regente, hasta que en 2 de enero de 1861 la muerte del monarca puso en sus sienes la corona, siendo proclamado con el nombre de Guillermo I.

¿Qué sería el nuevo soberano? Su pasado y lo que de su carácter se sabía autorizaban pronósticos contradictorios. Habíase hecho hombre combatiendo contra Francia; una solicitud llevada hasta la pasión le impulsaba hacia las cosas militares; y nada le complacía tanto como que le recordaran que era uno de los más viejos soldados de Europa. Además, todas las tradiciones de su raza evocaban á sus ojos imágenes belicosas, y para que en él se reavivara en toda su aspereza el patriotismo prusiano, no había de hacer más que bajar al subterráneo de Charlottenburgo, en donde estaba el mau-